

## La noche confinada

En la oscuridad de la Málaga desierta, las contradicciones brillan con más claridad

IGNACIO LILLO



Paseo con Nori al filo de la medianoche, cuando el toque de queda ya lo prohíbe. En realidad no sé si estoy autorizado, hace tiempo que me perdí en las instrucciones del mueble de Ikea en que se han convertido nuestras normas de convivencia Covid. No es que me guste desafiar las reglas, es que el animal está mayor, tiene incontinenencia y si no lo saco tarde no me aguanta toda la noche. Es lo que pienso alegrar si alguna vez me paran, algo que todavía no ha ocurrido. Reconozco que me gusta pasear por esas calles de barrio solitarias, en las que se aprende mucho sobre nosotros mismos, aunque sea en unos pocos centenares de metros a la redonda.

Los repartidores no paran de dar saltos de un lado para el otro, con su parque móvil de motos, muchas ya eléctricas, por cierto; bicis y patinetes. Camperos, pizzas, shawarmas y vaya usted a saber qué más servidos de madrugada, en un cambio de hábitos alimenticios que es digno de estudio, sobre los hombros del último eslabón de la cadena laboral precaria.

A partir de los jueves hasta el fin de semana se escuchan, y a veces también se ven, los ecos y los focos de las farras que la gente se monta en sus pisos y en sus terrazas, los privilegiados que las tengan. Desde muchos portales resuenan las voces y la música del botellón en marcha. No tengo nada en contra, pero me queda la sensación de que estamos haciendo el tonto: los bares, donde se podrían controlar fácilmente los aforos y las distancias, cerrados y en la ruina. Y mientras la gente haciendo lo propio en los pisos, que son imposibles de controlar. No tiene ningún sentido. Estas navidades con los horarios limitados ya les adelantó que va a ser un festival.

En el camino me cruzo con otros paseadores de perros como yo, algunos, sobre todo algunas con ganas de conversación, de hablar con otro ser humano, quizás uno de los pocos que han tenido cerca en el día, quizás con el tiempo suficiente para dedicarle si quiera unos minutos, con la excusa de la coincidencia en la obligación. Es la soledad creciente de muchas personas, y no sólo mayores, que apenas tienen más compañía que sus perros, el móvil y las broncas espurias de la basura que emite el televisor.

Y cuando todo es silencio, emergen los últimos de la fila, los confinados en el portal, en la entrada a un local abandonado por la crisis, acomodados en un colchón viejo con una postura imposible, con una bici puesta por dentro, su mayor tesoro. Cuando no se ve nada más es cuando aparecen los sin techo, inmunes al Covid y al frío. Para ellos no hay toque de queda porque la calle es el único techo que les queda.

LA TRIBUNA

# Consenso, confianza y ciencia

ANTONIO LÓPEZ PELÁEZ

Catedrático de Trabajo Social y Servicios Sociales de la UNED

Más que abordar la pandemia como una crisis sanitaria, parece más bien que la están abordando como una crisis de comunicación

La pandemia ha puesto de relieve que, ante el cisne negro (la catástrofe impredecible formulada por Nassim Taleb), lo que nos permite sobrevivir como especie es el apoyo social de nuestros conciudadanos, la respuesta colectiva basada en la ciencia y la tecnología, y la incorporación de hábitos de comportamiento que minimizan las posibilidades de infección. Nos encontramos ante una pandemia global que está afectando gravísimamente a nuestra salud, nuestra economía y nuestro estilo de vida. Sin embargo, en la agenda pública, en los medios y en el debate político, no se prioriza un análisis sosegado. Al contrario, nos encontramos siempre con un análisis de parte, sesgado. Asombrosamente, lo que más importa es quién se adjudica cada logro, si lo hay, o a quién acusamos como culpable, para deslegitimarlo. En un momento en el que la crisis económica y sanitaria nos enfrenta con situaciones límite, hay quien se dedica a contraprogramar, como su labor principal, las decisiones de otras administraciones. Y por supuesto, de la forma más descalificadora posible, porque lo que está en juego, parece, no es cómo solucionar los muchos problemas. Lo que está en juego es criticar al opositor, al contrario, al otro, y defender que, sea cual sea nuestro comportamiento, solo puede ser juzgado por la lógica de amigo versus enemigo (con lo cual, los nuestros siempre se quedan a salvo, y al enemigo, ni agua). Otra vez Carl Schmitt, otra vez la anulación del contrario, otra vez la destrucción de otro para salvaguardar que lo relevante no es lo que se hace, sino quién manda. Más que abordar la pandemia como una crisis sanitaria, parece más bien que la están abordando como una crisis de comunicación.

El coste que pagamos por ello es muy alto: la degradación de las relaciones sociales y de la confianza. Y el abandono

del espacio común que nos abre la ciencia como un entorno que el que el disenso se resuelve con la prueba y el error, con la experimentación y la evaluación de resultados, y no con la destrucción del contrario. La experiencia en el ámbito de la dinámica de grupos nos muestra que la incapacidad relacional tiene un alto coste en la vida personal, social y colectiva. La incapacidad relacional se expresa muy bien en lo que he definido como 'analfabetismo relacional': la ausencia de habilidades relacionales básicas, que permiten una interacción social adecuada, una integración positiva en nuestro entorno, y afrontar y resolver problemas y oportunidades. Y se está viendo promovido por la continua pugna en los medios de comunicación y en las redes sociales. Un pugna basada en el partisanismo, la victimización, la demonización del otro, y el abandono de la solución de los problemas concretos, hablando siempre del miedo al enemigo (pasado, presente o futuro) para para invisibilizar la debacle presente. Y nunca ser responsable de lo que ocurre, la culpa es del otro, o el otro lo hará peor. Tiene su expresión en esos colectivos que viven en su burbuja,

brillantemente analizados por Arlie Russell Hochschild. Este partisanismo en las redes sociales busca la negación de los adversarios, exalta la dialéctica amigo-enemigo, y su finalidad es la perpetuación en el poder deslegitimando la alternancia. Precisamente por ello genera un alto coste en términos de violencia, soledad y agresividad.

La pandemia ha puesto de relieve, nuevamente, que somos seres sociales, que nos necesitamos unos a otros, y no solo puntualmente. Vivimos inmersos en relaciones sociales. Nuestra capacidad relacional es el mejor predictor de éxito profesional y personal. Pero ¿cómo crear una comunidad permeable, abierta, de conciudadanos, y no solo una burbuja de fieles dispuestos siempre a la estigmatización del contrario? Creo que para lograrlo tenemos que volver a la ciencia y al razonamiento científico como espacio para el consenso. Tenemos que centrarnos en resolver los problemas y no solo en quien ejerce el poder. Es importante reclamar la figura del experto, y relacionarnos amablemente, compitiendo pero colaborando, afrontando los conflictos y buscando el bien común, que no es el que decide alguien externo a nosotros desde su ideología. Al contrario, debe ser la expresión de una decisión compartida que respeta siempre la diferencia y las trayectorias personales. Frente a los efectos nocivos del analfabetismo relacional, se trata de aprender a relacionarse correctamente, respetando a los demás y sabiendo utilizar las oportunidades para relaciones afables, amigables y duraderas. En definitiva, fortalecer nuestros vínculos sociales, clave para nuestra supervivencia y nuestra felicidad. Es importante recordar que sin el 'otro', no hay 'yo'. No hay bienestar. Como decía Ortega, si no salvamos nuestra circunstancia, no nos salvamos nosotros.



LA ROTONDA  
HÉCTOR BARBOTA  
@barbotta

## Populismo de colorines



No se trata de salvar la Navidad, como no se trataba de salvar el verano, ni como tampoco deberá tratarse de salvar la Semana Santa. No es eso lo que la hora demanda.

En Marbella, el Ayuntamiento redujo la iluminación navideña al mínimo y destinó ese dinero a un concurso de escaparates que no es más que una excusa para repartir dinero entre los comercios. Se preveían 2.000 solicitudes, ya que sólo por participar había un accésit asegurado de

350 euros. Apenas se apuntaron 600. El dato explica por sí mismo en qué estado se encuentran el comercio y la hostelería en la plaza a la que se le supone la condición de locomotora de la Costa del Sol.

Pero es precisamente por la terrible situación económica, y no a pesar de ella, que ya deberíamos haber entendido que relajar las dolorosas medidas implantadas para combatir la pandemia no hace más que causar estragos. Primero en la sanidad e inmediatamente después, y a

consecuencia de lo anterior, en la economía. Quienes tienen que tomar decisiones tan difíciles e impopulares como necesarias son quienes han sido elegidos para ello. A nadie se le vota para recibir aplausos, sino para hacer lo que debe. El mayor político europeo del siglo XX pasó a la historia cuando en una situación desesperada ofreció a su pueblo sangre, sudor y lágrimas. Ganada la guerra fue derrotado en las elecciones. Hoy tiene una estatua frente al Parlamento británico y nadie recuerda el nombre de quien lo venció en las urnas.

Puede ser que haya responsables políticos que no quieran pasar a la historia como quienes apagaron la Navidad y crean que su función es poner lucecitas para que los imprudentes acudan como moscas. Pero estos tiempos no demandan populismo de colorines, sino estadistas a la altura de este desafío.